

CHENU, MARIE-DOMINIQUE: *Diario del Vaticano II. Note quotidiane al Concilio 1962-1963*, Introduzione ed edizione a cura di Alberto Melloni (Saggi 453), Bologna, Il Mulino, 1996, 159 pp. (edición original: *Notes quotidiennes au Concile*, París, Les éditions du Cerf, 1995; traducción de Roberta Ferrara e Monica Marzaduri).

El 25 de enero de 1959 se cumplirán cuarenta años del anuncio de aquel magno programa del «papa bueno» que comenzó a hacerse realidad con el Sínodo Romano de 1960 y no culminó hasta la promulgación del CCEO por el tercero de sus sucesores en 1990. En medio, el gran acontecimiento de la Iglesia del fin del segundo milenio, el Concilio Ecuménico Vaticano II. Pasadas ya tres décadas de su clausura, no ha dejado de despertar pasiones: ora se defiende su novedad (clamando por la aplicación de textos aún «por estrenar»), ora se le cree ya obsoleto (y se pide un Vaticano III), ora se le declara traicionado por la autoridad (invocando un «espíritu conciliar» supuestamente abandonado por el Papa y su curia)... Salvo irrelevantes reductos de contradictores (rehúso emplear la equívoca voz «integrista»), todos se reclaman del concilio en cualquier actividad eclesial (espiritualidad, liturgia, pastoral, derecho...). Porque el concilio sigue vivo, su conocimiento no es mero interés de eruditos e historiadores; tampoco sólo de medios católicos o ambientes intraeclesiales. Para una revista eclesiasticista como el *ADEE*, el estudio del concilio no es únicamente oportuno por la vía indirecta de la fundamentación del vigente Derecho Canónico (aquel *ordinamento presupposizionale* de que hablara Del Giudice), sino directamente necesario por su doctrina sobre la presencia de la Iglesia en el mundo, las relaciones con el Estado, la dignidad de la persona, la libertad religiosa, la educación, etc.

Para este conocimiento, los textos promulgados ocupan el primer e insustituible lugar. La fórmula de aprobación de Pablo VI «*una cum Venerabilibus Patribus, in Spiritu Sancto*» nos dice quiénes son los protagonistas del hecho, el divino (cuestión de fe) y los humanos (papa y colegio episcopal). En segundo lugar, para ahondar en el sentido y alcance de los textos debemos acudir a sus deuteragonistas, los que –individual o colectiva pero no todavía colegialmente– intervinieron de forma oficial en los actos preparatorios y discusiones asamblearias, cuya fuente son los *Acta Synodalia* (el *Catalogo Generale 1998* de la Libreria Editrice Vaticana, pp. 104-109, recoge sesenta y tres tomos de actas conciliares). Pero todas estas intervenciones y las subsiguientes votaciones no se producían impensada e improvisamente: conversaciones y contactos, artículos y conferencias, esquemas y documentos privados, reuniones y negociaciones, opiniones e influencias, que hay que buscar en otras fuentes históricas (entre las que se sitúan los diarios privados), testimonian un ambiente donde tras los padres conciliares aparecen en una luminosa penumbra unos protagonistas, señaladamente los teólogos, con mayor peso en el resultado final que la mayoría de los padres, si bien actuasen –no podía ser canónicamente de otra forma– por medio de ellos.

Algunos de estos teólogos tuvieron una participación «oficiosa» en el concilio como perito de un padre: por ejemplo, Karl Rahner lo era del cardenal de Viena, J. Frisque del arzobispo de Reims, Achille Glorieux del cardenal de Lille, Yves-Marie Congar del obispo de Estrasburgo, Philippe Godard del arzobispo de Rabat, Jean Daniélou de un auxiliar de París (Veillot), H. Rondet del obispo chadiano de Fort-Lamy, Henri de Lubac y M. D. Chenu de sendos obispos malgaches (de Fianarantsoa y Antsirabé, respectivamente). Marie-Dominique Chenu OP (1895-1985), sacerdote francés, fue profesor en la escuela belga de Le Saulchoir, donde convivían dominicos y misioneros de La Salette. Un antiguo alumno (del período 1930-1938), Claud Rolland MS, fue elegido obispo de Antsirabé y le solicitó (carta de 2 de abril de 1962) como consejero teológico durante todo el concilio. El 24 de abril consta que ya había aceptado y el 7 de julio tuvieron la primera reunión en París. Además, a través de Rolland, otro salettiano, Paul Girouard, obispo de Morondava (Madagascar), le pidió fuera su procurador al no poder acudir a Roma por enfermedad (respecto a esta participación «oficial» de Chenu hay que advertir que la secretaría general del concilio decidió que las delegaciones valían sólo para las sesiones solemnes y no para las congregaciones generales ordinarias). Sus mayores aportaciones al concilio se centraron en la redacción de dos documentos, el «Mensaje al mundo» y la constitución *Gaudium et Spes*, razón sobrada del interés de un eclesiasticista (incluso no simultáneamente canonista) por la figura de este dominico (cfr. A. Duval, *Bibliographie du P. M.-D. Chenu, en Mélanges offerts à M.-D. Chenu maître en théologie*, París 1967, pp. 10-29; *Un théologien en liberté. F. Duquesne interroge le père Chenu*, París 1975; Varios, *L'hommage différencié au P. Chenu*, París 1990).

El volumen que comentamos se abre con una Introducción (pp. 9-53), de Alberto Melloni, titulada «Los diarios en la historia de los concilios». En unas consideraciones preliminares, se ocupa de caracterizar el género literario del diario (presencia de un «yo» narrativo, continuidad relativa de la redacción, andadura expositiva fiel al ritmo cronológico de los hechos), de subrayar el interés histórico de estos textos (por un lado, transmiten los hechos menores, episodios secretos, vicisitudes privadas; por otro, contienen un análisis desde dentro de la asamblea conciliar) y de citar precedentes de publicaciones de diarios o memorias de otros concilios ecuménicos (Constanza, Florencia, Trento, Vaticano I). Después, desarrolla el estudio introductorio en cuatro apartados:

1. «El olvido de los diarios del Vaticano II» (pp. 12-16). Melloni emite un juicio acerca del estado de la investigación sobre el último concilio ecuménico: se encuentra avanzado en el análisis de los documentos pero retrasado por lo que hace al estudio de los trabajos de la asamblea. La razón del avance estaría en la prontitud con que Pablo VI creó el Archivo del Concilio Vaticano II (separado del Archivo Secreto Vaticano) y la diligencia con que ha trabajado al frente del mismo monseñor Vincenzo Carbone, publicando los *Acta Synodalia* donde pueden hallarse ya todos los

actos oficiales y han empezado a aparecer también las intervenciones orales. Y el motivo, por otra parte, del susodicho atraso investigador radicaría, según Melloni, en el desprestigio de la autoridad histórica de las memorias y diarios publicados durante el mismo concilio para mover la opinión pública. Pese a ello, sin la fuente que constituyen los diarios *stricto sensu* se puede –concluye Melloni– escribir bibliotecas de comentarios pero no la historia del Vaticano II.

2. «Los diarios del Vaticano II: una tipología» (pp. 16-27). El conocimiento de los diarios y memorias próximas al concilio ha venido por dos caminos: a) las iniciativas individuales de investigación que hacen un uso tácito de algún diario (v.gr. Philippe Levillain, *La mécanique politique à Vatican II*, que maneja el diario de Henri de Lubac; Gérard Philips, *Notes pour servir à l'histoire de la Nota explicativa praevia*, que usa el suyo propio); b) el grupo de investigación internacional promovido por G. Alberigo y el Instituto de Ciencias Religiosas de Bolonia (cfr. los dos primeros volúmenes de la *Storia del Concilio Vaticano II*, Bolonia 1995-1996). En el curso de este último proyecto han venido a la luz decenas y decenas de diarios que Melloni clasifica en los siguientes tipos:

2.1. «Diarios personales que incluyen el concilio». Son útiles para la preparación del concilio los del propio papa Juan XXIII, su secretario particular Loris F. Capovilla, el secretario de Estado cardenal Domenico Tardini, el director de *La Civiltà Cattolica* Roberto Tucci SJ. También incluye aquí los de teólogos como Ermengildo Florit (obispo de Florencia, cardenal en 1965), Domenico Bertetto SDB, el cardenal Joaquín Anselmo M. Albareda OSB y su secretario Alejandro Olivar; los diarios diplomáticos de Francisco Gómez de Llano (embajador de España ante la Santa Sede) y Bartolomeo Migone (embajador de Italia). Y las memorias en parte publicadas de miembros o consultores de comisiones preparatorias del concilio como Christophe J. Dumont OP, Hubert Jedin, el cardenal Leo Josef Suenens (arzobispo de Malinas-Bruselas), Henri de Lubac SJ, Yves-Marie Congar OP (cardenal en 1994) y Visser't Hooft.

2.2. «Los diarios de la preparación». Se trata de diarios que nacen de la preparación del concilio y que se prolongan en el curso del mismo. En concreto, se citan los de los teólogos romanos Sebastian Tromp SJ (secretario de la Comisión preparatoria teológica), Franz Hürth SJ y J. Jarlot; y los de los teólogos no romanos Joseph Fenton, John F. Dearden, George Tavard AA, Joseph Andrea Jungmann SJ, Manuel Bonet y Muixí y nuevamente Congar, para terminar concluyendo que *in sede euristica non sia sbagliato ipotizzare l'esistenza di un diario per ogni attore della preparazione fino a prova contraria, e non viceversa* (p. 21).

2.3. «Diarios conciliares». Comienza Melloni por los diarios de miembros de la asamblea como Giovanni Pirastru (obispo de Iglesias), Mario Bergonzini (de Volterra), Giuseppe Amici (arzobispo de Módena), Vittorio Maria Costantini OFM Conv (obispo de Sessa Aurunca), el cardenal Achille Liénart (de Lille) o Emilio Guano (de Livorno). También aquí podría haber formulado la hipótesis de un diario

por obispo o al menos un expediente con notas y recuerdos. A título de ejemplo, debo citar por razones geográficas el dossier entregado por Rafael González Mora-lejo (obispo emérito de Huelva) al Archivo del Concilio Vaticano II (el 16 de diciembre de 1997, el catedrático de Historia Eclesiástica de la Pont. Universidad Urbaniana, profesor González Novalín, en un curso de Archivística impartido en la Universidad Hispalense, elogió la calidad del archivo conciliar particular de dicho prelado onubense). Pero Melloni prefiere detenerse en los diarios que mejor conoce y que clasifica en:

a) «Los *pro memoria*» con impresiones y preocupaciones, sean de carácter individual como los de Jacques Le Cordier (obispo de Priene), Jean-Baptiste Musty (auxiliar de Namur), Josep Pont i Gol (obispo de Segorbe-Castellón), Giovanni Gazza (prelado *nullius* de Abaeté do Tocantis), Enrico Bartoletti (obispo de Lucca) y Alberto Gaudencio Ramos (de Belém do Pará), sean reflejo colectivo de un grupo o ambiente, cuales los de Neophytos Edelby (memoria del episcopado melquita), Vicente Zazpe (obispo de Rafaela, para los argentinos), André Perraudin (obispo de Kabgayi, activo en ambientes misioneros), Helder Pessôa Camara (auxiliar de Rio de Janeiro, a sus colaboradores diocesanos) o Antonio Santin (obispo de Trieste y Capodistria, que escribe para el semanario diocesano).

b) «Los líderes», es decir, diarios con caracterización personal pero investidos de la actividad de los órganos y la asamblea conciliares, entre los que se incluirían los de los cardenales de la mayoría Julius Döpfner (obispo de Berlín), Paul-Emile Léger (arzobispo de Montreal), Giovanni Urbani (patriarca de Venecia), Giacomo Lercaro (arzobispo de Bolonia) y Stephan Wyszynski (arzobispo de Gniezno y de Varsovia), y del arzobispo de Maguncia Hermann (*sic*, no M., cfr. p. 159) Volk, así como otros diarios apenas conocidos cuales los de los cardenales Gregorio Pedro XV Agagianian (patriarca de Cilicia de los armenios), el ya citado Suenens y Pericle Felici (secretario general de la Comisión preparatoria central, cardenal en 1967); y los diarios de los jefes de la minoría conciliar, cardenales Alfredo Ottaviani (presidente de la Comisión preparatoria teológica) y Giuseppe Siri (arzobispo de Génova).

c) «Los teólogos», que nos ponen en la pista de los contactos que orientaron el trabajo de las comisiones: el citado Congar OP, Otto Semmelroth, Michel Labourdette OP, Marie-Dominique Chenu OP, Albert Prignon, Charles Moeller, Jacques Dupont OSB, Bernard Olivier OP, James H. Griffiths, el citado Joseph Fenton, Achille Glorieux, Umberto Betti OFM, Carlo Colombo, A. Franquesa y Bernard Häring CSSR.

d) «Los laicos», no sólo la auditora Rosmarie Goldie, sino otros sin participación oficial como Bonet i Marrugat, Angelina Nicora Alberigo o los periodistas Jan Grootaers y Giancarlo Zizola.

3. «Caracteres y funciones: el test del 11 de octubre de 1962» (pp. 27-46). Melloni considera que como mejor se comprueba la riqueza del material existente, es comparando las fuentes en torno a un evento particular. Para ello, propone como

test la jornada inaugural del concilio. El orden del día era breve: ceremonia de apertura y discurso del papa. ¿Cómo tratarán este mismo hecho los diversos testigos? Melloni compara las notas sobre la ceremonia, el ambiente, las ansias e inquietudes y el contenido del discurso papal en textos de varios autores (recordemos que no todos los diarios citados están disponibles o han podido ser consultados por Melloni), en concreto los siguientes: Juan XXIII, Jungmann, Bertetto, Bartoletti, Lercaro, Florit, Zazpe, Wyszynski, Edelby, Musty, el obispo inglés Butler (antes no citado), Labourdette, Semmelroth, Congar, Siri, Perraudin, Moeller, Urbani y Camara (aunque este último comienza el día siguiente).

4. «El diario Chenu» (pp. 46-53). Melloni lo caracteriza del siguiente modo: es un diario «típico y medio» (p. 46); no es inmenso, analítico y minucioso; termina antes del fin de la segunda sesión conciliar (el diario concluye con una inexplicada parada: «*In panne!*», p. 149); no narra el origen de la inclusión del autor entre los peritos privados; no cubre el período entre sesiones, que Chenu dedicó a la redacción de la carta pastoral de los obispos malgaches (el diario corre del 11 de octubre al 8 de diciembre 1962 y del 29 de septiembre al 4 de diciembre de 1963); no se corresponde con un fondo archivístico estructurado; no agota ni vagamente la participación y la aportación teológica de Chenu al conjunto del Vaticano II (señaladamente en la redacción de la *Gaudium et Spes*, que no se hallará en el diario). Melloni destaca el papel especial (habla de los «protagonistas del diario») de dos medios:

a) Por un lado, la prensa, como fuente de información del acontecer del concilio mismo (caso de la sesión de apertura) y, sobre todo, del contexto externo (como es el escenario político diplomático). Concretamente, si pasamos de la Introducción al diario, comprobaremos que Chenu cita a *Le Monde* (del 8 de septiembre, 30 de octubre y 13 de noviembre de 1962), *Informations Catholiques Internationales* (de 15 de octubre de 1962: célebre anécdota del «aire fresco en la Iglesia»), *La Croix* (del 24 de octubre, 30 de octubre, 30 de noviembre, 5 de diciembre y 6 de diciembre de 1962), *L'Espresso* (del 28 de octubre y 30 de noviembre de 1962), *New Yorker* (20 de octubre de 1962), *Il Tempo* (de 15 de noviembre de 1962), *La Libre Belgique* (21 de noviembre y 26 de noviembre de 1962), *Il Quotidiano* (8 de octubre de 1963), además de alguna remisión genérica a la prensa (14 de noviembre de 1962).

b) Por otro lado, las conversaciones apasionadas y apasionantes con una multitud de personajes. Para Chenu son espacios de libertad, ya que no perteneció (ni como miembro ni como consultor) a ninguna de las comisiones preparatorias del concilio. Dialoga no sólo con círculos teológicos cualificados sino sobre todo con quienes saben ofrecer y acoger sus inquietudes evangélicas:

– Con los teólogos de la mayoría conciliar tiene sólo dos ocasiones de contacto. La primera fue la promoción del Mensaje al mundo, en que se apoya en Congar y adopta el método típico del Vaticano II para llegar al consenso (reuniones, esquemas, influencia sobre los obispos y de nuevo reuniones, etc.). Pero Chenu no se

afana en reclamar la paternidad del texto pues no parece interesarle hacerse un sitio en la masa de peritos que no le atrae. La segunda ocasión es el momento de la sustitución de los esquemas conciliares en que contacta con el «grupo de Volk» (19 de octubre de 1962: reunión con los obispos Volk, Bengsch, Garrone, Guerry, Ancel, Weber, Elchinger, Reuss y Paul Schmitt, y los teólogos Rahner, Grillmeier, Küng, Philips, Schillebeeckx, Congar, Labourdette, De Lubac, Daniélou, Rondel, Semmelroth, Feiner y Fransén).

– No incorpora documentos teológicos a su diario, excepto uno de Dosetti en nota y las observaciones litúrgicas de Martimort que copia en el propio cuaderno (con las que Chenu desea mostrar «las astucias y confabulaciones» con que a veces se redactaban los textos en comisión, cfr. pp. 145-146).

– Los únicos teólogos con los que entra en confianza son los que se ocupan de la información, a saber, los padres Roberto Tucci SJ (director de *La Civiltà Cattolica*) y Ralph M. Wiltgen SVD (cuya obra *The Rhine flows into the Tiber*, Nueva York 1967, es la principal fuente sobre el concilio para el historiador español Ricardo de la Cierva, *Las puertas del infierno*, Madridejos 1995). Por mi parte, añadiría a estos dos nombres el del polaco J. Turowicz (redactor de las revistas *Głos Narodu*, en 1939, y *Tygodnik Powszechny*, desde la posguerra).

– A Chenu le interesan otros ambientes: el de la Iglesia de los pobres, el de los expertos en el subdesarrollo y el hambre, el de la reforma social y eclesial. De ahí su interés en la creación de un Secretariado sobre los grandes problemas actuales de la humanidad a semejanza del Secretariado para la Unión de los Cristianos (cfr. reunión con una treintena de obispos el 29 de noviembre de 1962; epístola de 15 de diciembre de 1962 al cardenal Suenens, que había presentado oficialmente la propuesta el día 5; cartas de 29 de noviembre de 1962 y 3 de enero de 1963 a Alfred Ancel, obispo auxiliar de Lión, de las pocas que Chenu conserva en su dossier conciliar; cfr. pp. 126-130, 139-140).

Para el teólogo dominico, marginado por los obispos franceses y reclamado por dos malgaches, el concilio significó un encuentro con la catolicidad de la Iglesia que vivió no desde la necesidad sino desde una adhesión profunda. Por eso participó durante los períodos conciliares en la conferencia de los episcopados africanos y en la de los latinoamericanos. Y ahí también hallan su explicación sus encuentros con melquitas y maronitas, pues descubre que la preocupación de los orientales por salvaguardar su tradición y su *intellectus fidei* conecta con la aspiración de Chenu de que el concilio haga una elaboración renovada y adecuada del pensar la fe y su anuncio.

Con la reproducción de una carta del dominico a su provincial como síntesis de sus sentimientos ante el concilio (pp. 51-52), termina Melloni su Introducción, en la que se echa en falta una semblanza biográfica en que se integren los datos que hallamos aquí y allá a lo largo del diario. Pero la contribución más importante de Melloni no es su labor de introductor sino de editor del diario. No me refiero a la trans-

cripción de las treinta y cinco páginas del cuaderno mecanografiado (respecto a lo cual no hay más referencia filológica que la tabla de «Símbolos y abreviaturas» de la p. 6), sino a las doscientas veinte notas que acompañan el texto de Chenu ilustrándolo con la presentación de los personajes citados o aludidos y contrastando y completando la información que nos facilita el diario con otras fuentes, a saber: los diarios de A. N. Alberigo, Colombo, Siri, Tucci, Tromp, Zazpe, Congar, Labourdette, Edelby y Semmelroth, los archivos del Arzobispado de Florencia, de *La Civiltà Cattolica*, de Juan XXIII, del Saulchoir de París (sobre todo el Fondo Chenu), del Centro ecuménico de São Paulo, del Centro Lumen Gentium y Fondo Vaticano II de Lovaina, de la Universidad Católica de América, del Fondo Häring, del Fondo McGrath, del Instituto para las ciencias religiosas de Bolonia y de la Universidad Gregoriana, los *Acta Synodalia* y la *Revue théologique de Louvain* (cfr. p. 6). Este trabajo de investigación hace que tengamos en las manos no sólo una fuente documental del concilio (el diario) sino una obra de verdadero rigor historiográfico sobre las dos primeras sesiones, aunque obviamente parcial en cuanto a su objeto (no en cuanto a la objetividad).

La amena, ágil y cálida lectura del diario pone ante nuestros ojos el desarrollo de los trabajos conciliares, particularmente la confluencia del episcopado del Tercer Mundo con el grupo de obispos centroeuropeos (al que Wiltgen llama la «Alianza del Rin») formando una mayoría conciliar y los esfuerzos de ésta por imponerse a la minoría encabezada por la Curia romana (respaldada por el episcopado italiano) que comienza dominando el concilio con unos esquemas de documentos inaceptables para la mayoría. A lo largo de todo el diario se perciben las figuras de los cardenales Ottaviani, Siri y Ruffini como los dirigentes a derrotar. A Chenu, respetuoso pero nada flemático, no le falta el humor, como cuando relata la sátira del taxista que lleva a aquéllos al concilio de Trento (p. 135) o cuando refiere la intervención de Bettazzi (obispo auxiliar de Bolonia) llamándolos *novatores* por oponerse a la doctrina de la colegialidad (p. 146). La toma de posición de Chenu frente a ellos es manifiesta desde el principio, pero su alejamiento de los círculos de los teólogos más influyentes explica que no despertara la preocupación de sus adversarios. Recuérdese que una obra teológica suya había sido incluida en el índice de Libros Prohibidos en los años treinta y que poco antes de la apertura del concilio el vicario general de los dominicos comunica (17 de junio de 1962) al prior provincial de Francia que el Santo Oficio había pedido a los teólogos de renombre que no colaborasen con la revista *Esprit* porque en su número 12 (diciembre de 1961) había difundido doctrinas peligrosas de los padres Chenu, Congar y Liège. Y sin embargo, durante el concilio Chenu ni es objeto del infructuoso intento de Ottaviani de alejar de Roma a ciertos teólogos (Congar, Rahner, Schillebeeckx y De Lubac, cfr. p. 131) ni es incluido entre los que el Santo Oficio considera de trato peligroso (Congar y De Lubac, según la llamada telefónica recibida en marzo de 1963 por el padre Balducci, cfr. p. 145).

Respecto al contenido del diario, bastará destacar algunos temas de particular interés:

1) Las aportaciones efectivas de Chenu más allá de sus meras opiniones y contactos:

a) El proyecto de Mensaje al mundo. La idea parte de Chenu, quien la presenta a Elchinger (obispo coadjutor de Estrasburgo), pero entra en un cauce operativo cuando Congar la asume y difunde el texto de Chenu (pp. 61-65). El proceso de elaboración del documento ha sido narrado y descrito por A. Duval («Le message au monde», en: E. Fouilloux [ed.], 1962, *Vatican II commence. Approches Francophones*, Louvain 1993). Cuando el proyecto se discute en la asamblea, Chenu se duele de algunos cambios aprobados (deplorados también por Guano, cfr. p. 88), pero se congratula de que el contenido permanece, el mensaje existe y ha sido votado por casi unanimidad (p. 81). Después seguirá con atención las noticias que le llegan sobre la traducción del texto (p. 120) y valorará el contenido en relación a una propuesta posterior de declaración sobre la guerra y la paz (p. 122).

b) Relaciones con los orientales. Chenu escribe al cardenal Suenens expresándole su opinión de que los orientales deberían estar presentes en la comisión doctrinal, para lo cual el papa podría elegir a uno (preferiblemente maronita) de entre los de su libre designación. También para esto se apoya en Congar, hablan con De Smedt (obispo de Brujas), quien los remite al cardenal Bea, el cual junto con Agagianian hace llegar la propuesta al cardenal Cicognani, quien la traslada al papa (pp. 82-83 y 85) y se hace efectiva (p. 87). Días después, el dominico belga Docks lleva a Chenu a visitar al patriarca melquita Máximos IV Saigh, donde conoce a Georges Hakim, obispo de San Juan de Acre, quien le pide que le redacte una nota para preparar su intervención en la asamblea contra el esquema doctrinal por ignorar la tradición oriental, encargo que cumple llevándole un texto que será efectivamente usado por Hakim el 17 de noviembre de 1962 (pp. 107-110). Con interés seguirá después las intervenciones de los melquitas (pp. 124, 136, 144) y las contrapondrá a lo que considera «latinismo» de los maronitas (p. 126) y «papolatría» del metropolitano ucraniano recién liberado Slipyi (p. 147). Nuevamente es llamado para revisar el texto de la intervención que hará Hakim en la asamblea el 4 de diciembre de 1962 (pp. 132-134). Después es invitado a almorzar con el patriarca Máximos (p. 147) y nos narra cómo éste entrega a Pablo VI un informe redactado por Hans Küng (pp. 148-149).

2) Las noticias acerca de españoles en el concilio:

a) El diario no informa sobre las estrechas relaciones de Chenu con los españoles, que conocemos por notas de Melloni (pp. 76 y 85).

b) Chenu recoge los nombres de españoles presentados para las comisiones en la lista de los obispos de Europa central y septentrional (Morcillo González y Olaechea Loizaga) y en la lista de los italianos (el obispo Barbado y el maestro general

dominico Aniceto Fernández Alonso) (p. 74; cfr. en nota de la p. 75 la noticia del número finalmente elegido de trece españoles, y en nota de la p. 80 la mención del cardenal Albareda, designado por el papa).

c) A través del padre Hamer, conoce Chenu las reflexiones desfavorables del citado padre Fernández sobre el esquema alternativo de Rahner (pp. 125-126).

3) Noticias sobre el cardenal Montini en la primera sesión (papa Pablo VI ya en la segunda):

a) Chenu lo sitúa junto con Lercaro, Guano y Bartoletti en el grupo de cuatro o cinco obispos italianos no dominados por el cardenal Siri (pp. 99-100).

b) Subraya la importancia de la intervención de Montini el 5 de diciembre de 1962, abandonando un comportamiento que califica de «silencioso y misterioso» para situarse en una línea que agrada a Chenu, quien se hace eco del pronóstico que esto abriría la conciencia de un buen número de obispos italianos (p. 137).

Termina el volumen con un utilísimo índice onomástico (pp. 153-159) donde se echa en falta la mención del oficio eclesiástico o del cargo que desempeñaron durante el concilio, lo que se puede suplir en lo fundamental (para más detalle hay que acudir al *Anuario Pontificio* de aquellos años) consultando la primera página en que el nombre es citado, ya que Melloni ha realizado el trabajo de identificación de todos los personajes citados por Chenu (*rectius*: casi todos, cfr. el extraño caso del doctor Montisanti, p. 148) para ofrecernos una concisa presentación de aquellos que no siendo de conocimiento general tampoco han sido presentados por Chenu.

En conclusión, la lectura de este breve y bien editado diario resulta inexcusable para los historiadores de la Iglesia y aconsejable para cualquiera interesado en el conocimiento del Concilio Vaticano II. Y para unos y otros —estoy convencido— será una actividad gratificante (lo que es uno de los mayores elogios que puede merecer un libro que aspira a ser leído de corrido).

JESUS BOGARÍN DÍAZ

ORLANDIS, JOSÉ: *Estudios de Historia eclesiástica visigoda*, Eunsa, Pamplona, 1998, 245 pp.

Se reúnen en esta obra diversos trabajos publicados anteriormente (salvo un primer capítulo de introducción histórica) con una temática común. El núcleo más importante de todos ellos es el constituido por los capítulos dedicados a las relaciones Monarquía-Iglesia en la España visigoda, especialmente a partir de Recaredo.

La regulación del acceso al trono en la monarquía visigoda tuvo uno de sus momentos culminantes a raíz del intento de Suintila de vincular la corona a su familia asociando al trono a su hijo Recimero. Como es sabido, el intento se saldó